

**Los (im)posibles regresos a la tierra
(perdida): *Si hubiéramos vivido aquí*
de Roberto Raschella y *La tierra
incomparable* de Antonio Dal Masetto**

Fernanda Elisa Bravo Herrera •
CONICET – INSOC –
Universidad Nacional de Salta

Resumen

El objetivo de este trabajo es reconstruir, desde una lectura comparatista, la isotopía del viaje de regreso a la tierra dejada por la emigración en dos novelas de autores argentinos de origen italiano: *La tierra incomparable* de Antonio Dal Masetto (1994) y *Si hubiéramos vivido aquí* de Roberto Raschella (1998). Estas dos novelas relatan experiencias diversas, pero comunes en algunos aspectos, del viaje de regreso a Italia bajo el signo de la emigración. En *La tierra incomparable* Agata regresa a su pueblo de Lombardía después de décadas en Argentina y se enfrenta con una realidad diferente, violenta. En la novela de Raschella, en cambio, el único hijo de emigrantes calabreses, reconstruye la historia familiar marcada por la violencia y la hibridez lingüística. La problemática social e identitaria de los emigrantes italianos a la Argentina y sus descendientes se inscribe en la instancia conflictiva del regreso al pueblo de origen y se modeliza en los diferentes y múltiples nudos de sentido que sostienen el relato del viaje a la patria perdida. Este desplazamiento implica un cuestionamiento de la identidad y de la configuración de ésta y de la comunidad de pertenencia, es decir, el extrañamiento del sujeto migrante, híbrido y contradictorio.

82 83

Palabras clave:

· inmigración · identidad · memoria

• Investigadora del CONICET. Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Salta. Premio Academia Argentina de Letras (1997). Master en Conservación y Gestión de Bienes Culturales y Doctora en Literatura Comparada y Traducción del Texto Literario por la Università degli Studi di Siena, en donde fue docente por varios años de Literatura Hispanoamericana y de Cultura Hispanoamericana.

Abstract

Following a comparative reading, the aim of this work is to reconstruct the isotopy of the trip back to the native land, left by the emigration, in two novels by Argentines of Italian descent: *La tierra incomparable* by Antonio Dal Masetto (1994) and *Si hubiéramos vivido aquí* by Roberto Raschella (1998). These two novels tell of different experiences, but common in some respects, of the trip back to Italy under the sign of migration. In *La tierra incomparable* Agata returns to his village of Lombardia after decades in Argentina and faces a different reality, violent. In the Raschella's novel, however, the only son of immigrants from Calabria reconstructs the family history marked by violence and linguistic hybridity. Social issues and identity of Italian immigrants to Argentina and their descendent are part of the conflictive instance of return to the village of origin and are modeled in different and multiple knots of meaning that underpin the narrative of the journey to the lost homeland. This shift implies a questioning of identity and configuration of identity and community of belonging, ie, the alienation of the migrant subject, hybrid and contradictory.

Key words:

· immigration · identity · memory

Estuve entre el querer estar y no estar donde estaba, entre el partir y el extenderme sobre mí mismo.

(Roberto Raschella)

¿Qué subsistía en común entre la que partió y esta que volvía? Tal vez nada, ya. Tal vez sólo el lazo establecido por la memoria engañosa.

(Antonio Dal Masetto)

A partir de las últimas décadas del siglo XX se vio resurgir en la Argentina una producción literaria, sobre todo novelística, en la que el tema de la inmigración retomaba el centro del discurso. Los autores, muchos de ellos descendientes de inmigrantes o incluso inmigrantes integrados a la vida social e intelectual de este país, reponen historias de inmigración, narradas por los mismos protagonistas —y no ya desde lo “externo” al fenómeno mismo como sucedía en producciones anteriores—, con nuevas problemáticas y una diversa modalidad ideológica que comprometen cuestiones fundamentales de la inasible y compleja identidad cultural en situaciones de movilidad transmitidas generacionalmente. De este modo, el desplazamiento

es narrado desde la interioridad, desde el núcleo de la familia o de la individualidad. El “espacio” simbólico, en tanto el relato de la inmigración está a cargo de los protagonistas, está constituido por la memoria, la cultura, la historia, la subjetividad en el tiempo y la fragmentación de la identidad. Las voces conforman un tejido que revela la constitución social de la identidad y de la memoria colectivas a partir de un relato “polifónico”, a veces fragmentado y contradictorio.

En este trabajo nos ocuparemos de dos novelas argentinas escritas en la década del '90, que retoman la cuestión de la inmigración italiana en la Argentina, a partir del momento decisivo del viaje de regreso a Italia. El objetivo es reconstruir, desde una lectura comparatista, la isotopía del viaje de regreso a la tierra dejada por la emigración en dos novelas de dos autores ítalo-argentinos: *La tierra incomparable* (1994) de Antonio Dal Masetto y *Si hubiéramos vivido aquí* (1998) de Roberto Raschella. Estas dos novelas relatan dos experiencias diversas, pero con algunos aspectos en común, del viaje de regreso a Italia bajo el signo de la inmigración. La problemática social e identitaria de los emigrantes y sus descendientes se inscribe en la instancia conflictiva del regreso al pueblo de origen y se modeliza en los diferentes y múltiples nudos de sentido que sostienen el relato del viaje a la patria perdida. Este desplazamiento implica un cuestionamiento de la comunidad de pertenencia, de la identidad y de sus configuraciones, es decir, el extrañamiento del sujeto migrante, híbrido y contradictorio, que conforma un sujeto cultural heterogéneo.

84 85

1. Volver a los ochenta años

La novela *La tierra incomparable* retoma la figura emblemática de Agata, la inmigrante lombarda de *Oscuramente fuerte es la vida*. En esta última novela, Dal Masetto relata la historia de la emigración, es decir, la partida de Italia y los años anteriores al viaje, reconstruyendo con doloroso detenimiento las circunstancias y las condiciones que determinaron la elección de emigrar. En esta historia se evidencia, a través de diferentes marcas, que el emigrar es impuesto a Agata no sólo por los factores externos sociales, sino también por su marido, por lo que la emigración es vivida como un hecho fatal, inevitable, al cual la mujer se somete resignada. Por ello, en la segunda novela, *La tierra incomparable* —que retoma el título del poemario de Quasimodo, con cuyos versos había iniciado la historia de Agata en *Oscuramente fuerte es la vida*—, la voluntad individual finalmente se impone y Agata ya no es sujeto pasivo, pues realiza, por su propia elección, el viaje de regreso a su pueblo, Trani. Esta decisión —manifestada fuertemente, como la vida— existía ya desde antes de la primera partida y había permanecido en la oscuridad de su existencia hasta revelársele a Agata como un motor imperativo de acción. La revelación y aceptación de este deseo de regresar a su pueblo natal es el “principio” de esta novela y también el nudo

significativo del despertar y abrir los ojos de Agata, el pasaje inicial y de manifestación de una voluntad que sobrepasa la individualidad y concibe toda la existencia del sujeto, a través de su historia y de su memoria, develándose con claridad y luminosidad sobre la misma:

Todavía con los ojos cerrados, sin moverse, Agata la reconoció y la analizó. No era una idea nueva. Las escasas palabras con que hubiese podido resumirla y expresarla eran las mismas que la habían acompañado durante cuarenta años: desde el momento en que, después de cruzar el océano con sus dos hijos, había desembarcado en el puerto de Buenos Aires (...) Y el tiempo había seguido pasando.

La idea estuvo siempre ahí. No era la consecuencia de los sueños de algunas noches, sino el fruto de un letargo y una espera de mucho tiempo, una obsesión elaborada en capas y capas de deseos postergados. Y ahora, esta mañana, la dimensión, el peso de la idea, habían cambiado. Agata sentía que esta vieja conocida se proyectaba más allá de su cabeza y de su cuerpo, la rodeaba y de alguna manera la enfrentaba y le exigía. Era como si la determinación que albergaba la idea viniese desde un espacio ajeno a su voluntad. Como si hubiese madurado por su cuenta y ahora llegara para reclamar cumplimiento, con una urgencia nueva, contundente e imperiosa.

Agata abrió los ojos. (1994 9 10)

La idea del viaje de regreso al pueblo natal nace del mismo emigrar y se configura como el opuesto de éste, como un deseo latente que acompaña al sujeto, hasta formar parte de su identidad y de su cotidianeidad y cobrar forma propia, incluso externa al individuo. Emigrar implica regresar, aun cuando para ello se necesiten cuarenta años y se deposite una sucesión de acontecimientos que van marcando la vida y la muerte y las múltiples distancias y pérdidas que conllevan el partir. El luto, por esto, no se construye solamente en el momento de emigrar, sino en el transcurrir del tiempo y de la vida que va acumulando pérdidas, diferencias y transformaciones. Ese tiempo, no obstante mantenga inalterables las palabras que definen la idea del regreso, contribuye a que esta misma idea se modifique y adquiera una especie de vitalidad y existencia propias que superan al sujeto. Es una “obsesión” que se impone como tal y exige su cumplimiento y realización. La ejecución de este deseo determina que la cotidianeidad de Agata asuma un nuevo sentido y su vida se explique como si cada hecho se encadenara según un principio de fatalidad para la realización del regreso imperioso. De allí que esta obsesión sea el eje de la “narración” de la vida de Agata, durante cuarenta años.

Si partir es como morir, y con ello se entiende que quienes quedan y quienes parten “mueren”, el regreso revela esa muerte en las transformaciones y en el contraste entre recuerdos y realidad. Es otro tipo de “muerte” que implica un desprendimiento o una pérdida del espacio y de los ámbitos que hasta entonces pertenecían al mundo, al propio horizonte, la pérdida de una imagen, de una representación en el confronto con la actualidad. En dicho contraste se produce una crisis que se elabora como pérdida y muerte y, como tal, debe procesarse en un luto para una nueva representación de la realidad. Esta certeza de la posible pérdida de la tierra de origen se plantea desde la paradoja, porque el regreso implicaría —o debería implicar— una recuperación física de un espacio al cual se pertenece cultural y afectivamente y, en cambio, porta consigo la fragilidad de la memoria y

de los recuerdos en el contraste con lo existente. Esto no sólo debido a la selección de la memoria a través del olvido o las transformaciones que los recuerdos puedan seguir por idealizaciones y superposiciones, sino porque el tiempo ha modificado la realidad, mientras la memoria deja inalterado e inalterable un momento fijo en su representación y afectividad. La inalterabilidad y la fragilidad de la memoria, unidas a las transformaciones socioculturales del espacio y de la sociedad, determinan que el viaje de regreso produzca nuevas crisis en la identidad del sujeto migrante, entre ellas la del extrañamiento y la del “naufragio” del ser. Esta experiencia es vivida como una violencia contra la memoria, la identidad y el sentido de pertenencia a una tierra que se desea recuperar, pero que en el momento de intentarlo con el viaje de regreso, indefectiblemente se vuelve a perder y en una forma aún más profunda e irremediable que la primera vez. De allí que la tierra sea incomparable, pues la distancia entre la realidad y la memoria es grande e insalvable. Por esto, Agata, antes de emprender el viaje a Trani, en la Argentina, pide a su nieta que le dibuje, bajo sus indicaciones, un mapa de su pueblo para conservar el recuerdo e iniciar internamente el regreso por la memoria.

86 87

El viaje no es re-encuentro o recuperación de una tierra a la cual se pertenecía, sino un viaje de la memoria —y por ella— en una geografía hostil e (in)diferente. Esta contradicción marca las crisis del extrañamiento identitario, pues se resquebrajan la memoria, las representaciones y los valores de pertenencia y de historia que configuran al sujeto cultural. Aquello que signa profundamente estas crisis es la contradicción entre el ser y el no-ser de los espacios, usos y personas que se re-encuentran al regreso. Es decir que se reconoce la identidad de éstos, pero al mismo tiempo la diferencia que los hace devenir otros, en la comparación con los recuerdos y con la misma vivencia y afectividad que trae su (no) reconocimiento. La diferencia está determinada por este pasaje temporal que transforma y modifica la realidad, y por aquellas “realidades” de la memoria en su proceso de reelaboración de datos. El momento diferido del reencuentro con la tierra de origen determina que se produzca un quiebre en la identidad del sujeto a partir de complejos ejes de oposición que declinan las diferencias en el “antes/ahora”, en el “mismo/otro”, en las ausencias que acentúan las pérdidas. El asombro y el vacío, el despojamiento de una memoria y de una realidad conocida confieren al sujeto emigrante que regresa a su tierra de origen una nueva condición dolorosa de extranjero en su propio pueblo natal, por lo que se instaura —o se evidencia— una nueva distancia que va más allá de la geográfica, porque es sociocultural y afectiva. La condición de extranjero y desplazado se impone por ese despojamiento conformado en las pérdidas y distancias, entre las cuales el quiebre del sentido de pertenencia y de reconocimiento alteran la configuración de la identidad del sujeto. El viaje a la tierra de origen no se presenta como un desplazamiento físico sino como un viaje y una indagación en la identidad y en la propia historia, hacia un pasado condensado y simbolizado en ese punto de partida que ha sido el emigrar. Por ello, Agata, al viajar en avión de la Argentina a Italia, percibe la sensación de desplazamiento interior que acompaña el espacial —hasta adquirir naturaleza física incluso—, y que es, en última instancia, el más significativo de esta experiencia, de “su historia entera, viva en su sangre y en sus huesos, apresada y retenida como se encierra fuertemente algo en un puño” (30 31). Una de las primeras diferencias que siente Agata en ese viaje de regreso es la imposibilidad de vivir la experiencia del viaje lentamente como en el de la partida. Esto, aparentemente banal y explicable con el avance de los medios de transporte

(el viaje en nave mucho más lento que en el de avión), en realidad encierra un condicionante más fuerte que implica la imposibilidad de vivir el regreso desde la “religiosidad” que ella le confiere en espera de una “revelación” y, asimismo, desde la morosidad de la partida, como una forma lenta de preparación del encuentro con ese pasado. Existe, desde la percepción de Agata una desproporción de los tiempos que no se adecua al valor representativo de los sucesos significativos que los acompañan y que constituye una “traición”, esto es, una especie de delito contra la fidelidad y la lealtad. Esta “infracción” es cometida contra la memoria y los recuerdos y contra la necesidad de revivir según el tiempo interno y emocional las experiencias. Es una desproporción que no acompaña el esquema de deseos y necesidades del sujeto que se encuentra continuamente sometido a las imposiciones externas. Por esto, es una traición a sus emociones y a su sensibilidad infringida por la realidad, una ruptura de las expectativas concentradas en el viaje concebido como recuperación de una tierra y de un pasado, que se delinea desde la misma modalidad de desplazamiento adverso y contradictorio.

El viaje es vivido, en tanto desplazamiento espacial, en forma negativa por Agata, pues se le impide, por la velocidad, desandar el camino del alejamiento y revertir la distancia de los años de ausencia. La morosidad del viaje de partida se recuerda como un desprendimiento suave, “gentil”, opuesto a la velocidad del viaje de regreso que le impide recuperar en su interior el primer viaje en la repetición y similitudes. No existe una identificación entre ambos viajes y sus vivencias, por lo que la angustia de esta travesía se vive como si fuera un salto al vacío, al no seguirse un tiempo ritual de recuperación del pasado. Por ello, en este momento en el que inicia el viaje, el recuerdo del primero es un ancla de refuerzo de su identidad y de su decisión de regresar que la sostiene cuando percibe las diferencias y rupturas de expectativas. En ese cerrar los ojos y volcarse a los recuerdos hay una elección clara que indica la decisión de Agata de optar por la memoria y superar la nueva vivencia del viaje. Por ello, el viaje es un viaje al pasado a partir de la repetición de recuerdos y espacios en el “desandar” el camino. El recuerdo del primer viaje se detiene en anécdotas de la vida a bordo durante la travesía, “tragedias mínimas” de los que “todavía están libres de recuerdos y de ilusiones” (37). Esto diferencia el viaje de partida del de regreso, pues el primero está cargado de pequeñas historias en la “tregua” o “letargo” y de socialización, mientras que en el de regreso se impone la soledad y el aislamiento. Ambos viajes se conforman, sin embargo, como “paréntesis” emotivos, en los que la “desposesión” de recuerdos, nostalgia e ilusiones del primero se contraponen con el peso de la memoria del viaje de regreso.

El momento de la llegada a Italia es decepcionante y frustrante para Agata, porque no se produce el evento extraordinario ni la revelación esperados y no puede repetir el “rito” simbólico de “recuperación” de la propia tierra cumplido en la “despedida” antes de partir, como se relata en *Oscuramente fuerte es la vida* (1990 222), es decir, tomar un puñado de tierra y tocarla. La sensación de frustración aumenta a medida que Agata se va internando en el aeropuerto, haciéndole nacer un sentimiento de extrañamiento y de desamparo, de no-pertenencia y de ruptura de expectativas. En esto, el aspecto lingüístico juega un rol fundamental, pues es a través de la lengua que se instaura uno de los lazos de pertenencia a una comunidad y a una cultura. La recepción y percepción del otro marcan en Agata la recuperación de la propia lengua en su tierra bajo el signo de la frustración y de cierto rechazo en esa mirada “extrañada” que hace que el sujeto se sienta “extran-

jero”, diferente, ajeno, “otro”. Esta situación de extrañamiento crece y se vuelve certeza para Agata, quien siente desamparo y soledad en su propia tierra: “Se dijo: ‘Estoy en Italia’. Pero no era más que un pensamiento, todavía no lograba sentir que fuese cierto” (1994 40).

No obstante, la perseverancia en el deseo de recuperar, con pequeños y simbólicos gestos, un sentido de pertenencia, no sólo a una tierra sino a una historia, pareciera imponerse finalmente, con la realización del “rito” de conservar para sí un puñado de tierra (41 42). Es el gesto del exiliado que con ello quiere expresar su identidad y su “patria”, su historia familiar y personal, el mantenimiento de su ser pese a las distancias y al desprendimiento. La tierra se vuelve reliquia que re-liga como un puente, con un carácter religioso, tiempos y espacios que convergen en el sujeto, reafirmando su identidad y su ser-en-el-mundo. Sin embargo, en el gesto de Agata esta posesión o recuperación no logra realizarse porque deja deslizar la tierra de su mano. El ciclo parece no cerrarse, el regreso a esa tierra incomparable es imposible porque es ya una tierra de la memoria y el viaje al pasado sólo puede repetirse en los recuerdos y no desandando caminos físicos ni travesías transatlánticas. Pese a ello, esta contrariedad no invalida la centralidad del sujeto ni la problemática identitaria que acompaña este viaje de regreso y de la memoria. A medida que Agata va internándose en su país el desarraigo se acentúa. A ello contribuyen la hostilidad y el rechazo del presente que continúa y aumenta odios anteriores. Las huellas de la muerte y del odio que percibe e interpreta no sólo son los que su memoria de testigo recupera, sino diferentes formas encarnadas de nuevos odios y violencia. Esta “expulsión” por el odio y por el extrañamiento en el propio país encierra el sentimiento contradictorio del dolor y del amor por la tierra a la que (no) se pertenece y (no) se regresa, ya no con la memoria esta vez. En este viaje de recuperación imposible, Agata construye una nueva imagen de su patria, signada por la ruptura de lazos familiares y afectivos, por egoísmos y desconfianza, por la xenofobia y por los nuevos marginales, los inmigrantes que llegan a Italia. El individualismo, la soledad y el interés económico parecen primar por sobre la solidaridad y la apertura, haciendo aún más difícil el proceso de re-encuentro afectivo con una tierra perdida por las transformaciones sociales e idealizada por la nostalgia. Su pueblo está marcado por pérdidas definitivas. La tierra es incomparable con la de la memoria y la del pasado. El regreso a su “historia” sólo es posible en la memoria. El sujeto se halla en una situación de diferenciación y extrañamiento, pues la distancia temporal y vivencial ha impuesto una ruptura con la memoria y con la identidad del pasado. No sólo es incomparable la tierra, también lo es el mismo sujeto que no se reconoce y percibe esas transformaciones como pérdidas de certezas sobre su pertenencia y su ser. Lo visible, lo tangible, lo presente condensan en sí la otredad y la mismidad de aquello que es invisible, intangible, pasado. Las oscilaciones anímicas de Agata son una constante en este proceso difícil de reconocimiento de su propia identidad fragmentada por la inmigración y por ese regreso imposible:

¿Qué subsistía en común entre la que partió y esta que volvía? Tal vez nada, ya. Tal vez sólo el lazo establecido por la memoria engañosa. La memoria que había ido modificándose y agigantándose y traicionándose. Ahora la noche era la única barrera que separaba lo que había sido de lo que sería. Y Agata no estaba de un lado ni del otro, estaba en la noche y en la barrera. (55 56)

El re-encuentro con su pueblo de origen es un momento crítico, en el que el quiebre de la identidad, por las sucesivas y superpuestas continuidades y discontinuidades de aquella, parecen encontrar como único sostén y filo conductor —incluso de su relato de vida— la memoria, cuya fragilidad también parece revelarse como una incertidumbre más en este pasaje. Incluso el momento de la llegada a su pueblo es vivido con una fuerte tensión, en la que el sujeto percibe la hostilidad, la distancia, el miedo y la frialdad. La casa, espacio simbólico de pertenencia y de historia familiar, es también otro elemento fundamental en este (des)encuentro con el pasado, con la memoria y con la tierra de origen. El recorrido hacia ésta se construye desde el mismo registro disfórico de extrañamiento y pérdida de lo irrecuperable. La no-poseción de la casa es la no-pertenencia más a ésta y a lo que ella representa. Es decir, la pérdida de una vida que, no obstante ello, continúa a ser parte de la propia existencia por la memoria y, sin embargo, no encierra nada familiar ni conocido en su existencia real, concreta y física. Esto es percibido, además, como una humillación, como una opresión imposible o difícil de superar, porque revela la pérdida absoluta de esa tierra y de esa vida. Es también, en cierto modo, la prueba de la memoria que debe enfrentar los recuerdos con una realidad que no se le asemeja y que, en muchas cuestiones, se le opone en forma hostil y agresiva. Este desprendimiento de la casa resalta internamente el carácter de forastera, de “extranjera”, de tal modo que la inmigración cierra su círculo imponiendo finalmente el definitivo desprendimiento. Este desprendimiento se produce en la ruptura de la memoria en crisis frente a la desilusión y la confusión por todo lo nuevo y diferente que se encuentra en ese “re-encuentro” con su tierra de origen, imponiéndose el extrañamiento. El viaje de regreso trata de seguir el hilo conductor impuesto por la memoria, por lo que las continuas transformaciones que modifican y alteran los recuerdos producen en el sujeto un quiebre de su identidad y una pérdida de su historia, al no encontrar las “anclas” materiales que permitan sostener el recuerdo de una vida antes de la inmigración. Los objetos, las personas, los espacios, los edificios, los pequeños detalles del pueblo adquieren una dimensión extra-ordinaria pues encierran afectiva y simbólicamente, en su materialidad, pedazos y fragmentos de una historia que, con el viaje de regreso, se trata de recuperar o reconfirmar. La constatación de una vida no se realiza, al contrario: se percibe en una forma total y más palpable el desgarramiento y el desprendimiento de la partida. Es una nueva elaboración del luto por la inmigración, que no puede encontrar una vía de solución a través del impulso y la necesidad de *fare l'America*. Hay, también, un desprendimiento, por así decirlo, de la vida, motivado por la vejez y la conciencia de la vida que se va dejando ya. En tanto la memoria había mantenido inalterables e incluso idealizados los recuerdos y las representaciones de la vida en el pueblo de origen, la perdurabilidad de esa vida no había sufrido las modificaciones del tiempo o las transformaciones impuestas por los hombres y la muerte. Esa vida y esa tierra resultaban, pues, incomparables en su inalterabilidad por la memoria, por lo que el “re-encuentro” produce la disolución de dicha permanencia, el no-reconocimiento, el extrañamiento, el temor por el naufragio de la memoria: “A Agata todo le pareció pobre y triste. Había llegado. Se lo repitió mentalmente varias veces. Pero lo único que había en ella era desencanto. Tardó en reponerse, sintió el peso del cansancio y al mismo tiempo tuvo la sensación de que acababa de cometer un error, de que había visto lo que no debía y que ya no podría dar marcha atrás” (87). Esta desposesión de la casa es, tal vez, el momento

en el que más lúcidamente se le revela a Agata la profunda e ineluctable pérdida provocada por la emigración, por el partir. Es un nuevo sentimiento de “muerte” que va más allá de la partida física o de un alejamiento, ya que compromete la identidad y la memoria del sujeto, es decir, las certezas de quién se ha sido y quién se es, como si se cancelara su existencia al modificarse algunas representaciones y recuerdos. La búsqueda de preservación de la memoria —ya con el mapa, antes de iniciar el viaje— es la mayor preocupación de Agata y, por ello, a medida que va encontrándose con los espacios de su pasado, convoca historias y recuerdos que le pertenecen al pasado, tratando de imponer sus imágenes sobre las actuales. Este mecanismo de defensa es un intento de reafirmar su lugar en un mundo perdido, cuya única existencia, en una “frontera”, es sólo en su interior y se manifiesta a través de sus palabras, confirmando su configuración identitaria. Por ello, resulta una agresión esta “expulsión” definitiva de su casa natal, “como si una parte importante de su historia fuera borrada de golpe y dejase de existir” (90 91), despojando y anulando con ello la compensación y la posibilidad del recuerdo y del dolor. La certeza final de Agata, en este viaje imposible a su tierra incomparable, es la de haber perdido definitivamente ese espacio vivido y, en todo caso, de poder recuperarlo y poseerlo solamente con la memoria. En el pasaje final de la novela, una vez más Agata trata de aferrarse a las últimas imágenes de su tierra para conservarlas en su memoria y preservar con ellas su identidad y su historia:

90 91

Agata vio la fuga de luces opacadas por la bruma que marcaban la costa (...) y cerró los ojos. Los abrió, los cerró y los volvió a abrir varias veces, como lo había hecho varias veces, como lo había hecho con la casa, ahora para fijar estas imágenes de su última noche en Trani. Y cuando creyó que las había apesado se dedicó simplemente a contemplarlas. Pensó que así las recordaría: tiernas, trágicas y difusas. Nada más que un temblor sobre la línea incierta de la memoria. Apenas un temblor.

Pero eso sería después. Mucho después. (...) Cuando estuviese de nuevo en la Argentina, junto a los suyos, y los días volviesen a sucederse a los días en la calma de aquel pueblo de llanura. Y ella tratará de recuperar desde allá la patria que por segunda vez había perdido. (272 273)

Estas últimas palabras revelan y reafirman la certeza que se había construido a lo largo del relato del viaje de Agata: la pérdida de la tierra, el regreso imposible, la problemática al confrontar la memoria con la nueva realidad. Y no obstante todo ello, se manifiesta la oscura fortaleza de la vida, ya enunciada en la primera novela de Dal Masetto, que impulsa a reconstruir(se) aun desde las muertes y los lutos, en el suceder del tiempo y a través de esa frágil memoria que evoca desde la(s) distancia(s).

2. El “regreso” del hijo

Raschella continúa en *Si hubiéramos vivido aquí* (1998) el relato sobre la inmigración calabresa en la Argentina iniciado en *Diálogos en los patios rojos* (1994). En esta novela, la historia se centra en el viaje de un hijo de inmigrantes al pueblo natal de sus padres. Es un viaje “delegado”, en herencia, que realiza no tanto por imposición paterna conciente o por nostalgia ajena, sino para definir su identidad y conocer, desde la

otra orilla, una respuesta que lo ayude a identificar su lugar de pertenencia. La narración, sostenida por el mismo hijo, en primera persona, contribuye a construir, a partir de esta estrategia enunciativa, los diferentes, múltiples y complejos cuestionamientos y crisis que el sujeto va atravesando hasta (re)conocer, aceptar y elegir las interpelaciones socio-culturales que lo definen y lo diferencian. Aquí, como en algunos pasajes de las novelas de Dal Masetto, se teje un hilo de hostilidad y de muerte que, sin embargo, se modeliza desde otro lugar, aún más violento, porque es esto justamente lo que parece definir los lazos familiares y la historia de esta comunidad, encerrada y perdida en las montañas. A medida que se va trazando el relato, la conjetura de la utopía enunciada en el título de la novela adquiere varias respuestas, muchas de ellas provisorias y aparentes, que se van superponiendo hasta configurar una multiplicidad de búsquedas y definiciones de la identidad y del sentido de pertenencia. El viaje se define, por tanto, a partir de una hipótesis que indica una búsqueda, una incertidumbre y una necesidad de confrontación, cuyo carácter inclusivo supera la individualidad del sujeto y compromete con ello a la familia. Por esto, el viaje se presenta como un recorrido individual, pero en el cual se instauran los lazos familiares no sólo con los miembros de la familia que han quedado en el pueblo de origen o con los que han partido hacia la Argentina, sino otros que han emigrado a otras partes del mundo. Esta dispersión de la familia por la emigración no parece cancelar, por otra parte, ciertos rasgos de identidad que son vividos como “estigmas” familiares definitivos e imborrables. Más bien parecería que el partir fuera una de las marcas de los hombres. La búsqueda del padre y de su historia, que se había presentado inicialmente como el objeto y la causa del viaje, no constituye profundamente la razón del “regreso” del hijo a la tierra paterna, como progresivamente este mismo va “descubriendo”. La indagación del pasado familiar, especialmente de la historia del padre, trata de desvelar, en la maraña de relatos y de voces que se van encadenando durante la visita al pueblo, la propia historia. De esta manera, el conocimiento de la historia familiar condensa en sí otros valores y funciones dentro de lo que se podría definir el relato de vida del hijo y su explicación de la existencia. A medida que va adentrándose en el cerrado mundo del pueblo y de la familia, el hijo, “feliz de haber emigrado antes de nacer” (Raschella 1998 191), empieza a hacer un trabajo de hermenéusis personal, para determinar su “verdadera patria” y su “verdadera lengua” (167), paradójicamente en una familia despedazada, marcada por el desamor y el desarraigo no sólo de la tierra sino también de los afectos, en la satisfacción de haberla perdido antes de nacer, antes de pertenecerle. Los vínculos familiares y las distintas

historias de la gente del pueblo —que conforma una especie de familia extendida— plantean problemas que trascienden estas relaciones y que explican la condición humana en sus miserias y odios, más allá de determinaciones culturales, pues “éramos todos, los nacidos aquí y allá, simples figuraciones del extravío y el engaño humanos” (191). El viaje, por momentos, parece ser una fuga, una respuesta a la inestabilidad identitaria del hijo que siente, a través de la herencia familiar, no pertenecer completamente a ninguna tierra, estar suspendido en una frontera y, por ello, no poder realizar un trayecto de vida. Por esto, la huida se vincula con la definición de la identidad y con la asunción de determinaciones y decisiones que trazan un signo en la historia social, bajo múltiples interrogantes (109). Es importante considerar en esta novela el valor que se le confiere al “vencido” como sujeto de la escritura. Esta novela es, en cierta forma, la historia o la memoria de los vencidos, pues el viaje se convierte en una travesía a la derrota en sus múltiples facetas. De allí, el sentimiento de extrañamiento y la indecisión del hijo de viajar, de quedarse, de partir (165 200), la necesidad de pertenecer a una familia que expulsa y, sin embargo, la opción de ser diferente a sus parientes. La tierra, temida, amada, odiada y reclamada, la Morsiddara que se espera visitar, pero que se parte sin conocerla. Son todas situaciones que tensionan la definición de la búsqueda hacia una resolución conflictiva bajo el signo de la derrota. El viaje de regreso es un viaje en herencia que realiza el hijo por el padre, ya muerto, por lo que se configura desde la imposibilidad por la muerte del inmigrante. El mandato dejado al hijo hace que este “imposible” regreso se concrete. De allí, incluso, que en el diálogo con el padre muerto, en un sueño del hijo, el padre le dé consejos sobre el viaje y le revele algunas claves para reconocer su lugar. La voz del muerto ordena y guía al hijo en ese *viaje*, en el cual no impera la nostalgia sino la urgente necesidad de definición de la pertenencia, de la felicidad, del vivir:

—Quiero que me digas ya si soy de esta tierra o de otra tierra.

—Quédate en ella, y sabrás. No te separes mientras no te haya herido profundamente. No vuelvas cortado verde a tu país. Y si vuelves, no escapes nunca más. De ese modo, serás más hombre, serás más infeliz todavía. (119 120)

No vuelvas, no vuelvas a ninguna tierra ya perdida para los hombres. (...) Déjate llevar entonces por tus pasos, los fuertes pasos que conducen a madurez, ya que no has padecido destierro violento. No te preguntes adónde has llegado, y si allí regirá el infinito azul o necesitarás ser tan responsable como irresponsable te muestras para sobrevivir. Debes comprender: los hombres han muerto a millones lejos de sus patrias, con el castigo más negro que es posible recibir (...) no ver, no ver nada, engeguecer en los mil senderos de todos los días (...) Recóbrate hijo (...) Lleva tu mano al sitio en que todavía floreces. Abandona el horror de nuestro pasado (...) abre tus ojos con ardiente tenaza... abre tus ojos y no aceptes que te arrastren con las rodillas en tierra. (122)

Finalmente, la carta a la madre que espera al hijo en la Argentina, más que una confesión resulta ser una declaración sincera de los verdaderos motivos del viaje, que cierra con los augurios de “encender algún fuego en la casa nuestra y vivir una bella mañana” (189). El recorrido final del viaje lleva al hijo a tomar la decisión de partir y dejar la tierra de los padres, porque es imposible el regreso y es imposible elegir a ésta como el lugar —el aquí— en donde vivir. Esto no significa que no se reconozcan los lazos familiares y las identificaciones que los unen, más allá de los odios, las miserias y las muertes. Esta elección del hijo que parte nuevamente responde a una contradicción, porque se opta por la ausencia y la derrota del vencido que abandona su tierra, pero al mismo tiempo parece elegirse la voluntad de “caminar las calles de nuestra ciudad con la frente ligera de pensamientos benignos” (189), dejando o asumiendo un estigma. Por otra parte, la ambigüedad y la resignación se imponen sobre la condición humana sin que se permita una total pertenencia a un “aquí” imposible de definir, de regresar o de dejar. El hijo “vencido” abandona el pueblo sin haber concluido algunos proyectos, y parte “como un nuevo delincuente” (197), al haber cometido varias faltas, la más grave contra sí mismo, el no haber “vivido” experiencias definitivas pese a su aparente insignificancia o cotidianidad. Sin embargo, el balance final del viaje resulta positivo para el hijo en tanto supera los odios, al valorar su historia y su lengua, y su origen se proyecta al futuro con fuerza y libertad. Este crecimiento se obtiene en la resolución del luto: al partir, el hijo se libera, asumiendo la palabra y aceptando la pérdida del padre, “irremisiblemente muerto” (199). Es un viaje en el que los conflictos no se disuelven, sino que se resuelven en la complejidad de una convivencia contradictoria y heterogénea. El lenguaje acompaña y evidencia esta conflictividad, pues la escritura registra la estilización de la oralidad y las hibridaciones del dialecto, del español y del italiano, y los murmullos que recoge el hijo en su monólogo interior, en el diálogo con el padre muerto, en la carta a la madre lejana, en los consejos finales de Testuzza. El viaje es un monólogo que responde una conjetura sobre una posible vida en otro espacio, tras las huellas de una familia lejana y cercana a la vez, libre de posibilidades y enriquecida en la incertidumbre de éstas.

3. Mínimas conclusiones

Este recorrido por estas novelas de Antonio Dal Masetto y Roberto Raschella que narran el viaje de regreso a la tierra de origen, después de la instancia decisiva de la emigración, ha permitido reconocer que en estas escrituras se inscribe no solamente la temática de la nostalgia o de la recuperación idealizada de la patria, sino la profunda indagación de la identidad y de la pertenencia sociocultural. Esta problemática trasciende la experiencia de los protagonistas de la inmigración, ya que se hereda y se entrelaza con la de otros miembros de la comunidad, comprometiendo, por ello, a más amplias estructuras sociales. Por esto, la exploración en la identidad, múltiple, compleja y heterogénea, muchas veces contradictoria y cambiante, no puede limitarse a la individualidad de los sujetos migrantes ni considerarse casos privados, pues su conformación contribuye

a determinar la configuración de las referencias identitarias de una nación, a partir de los sujetos culturales que la componen. El regreso a la tierra de origen en ambas novelas se define como una utopía, limitada y desgarrada por la imposibilidad y por los límites que imponen la memoria y las múltiples distancias y transformaciones que se han sucedido en el tiempo. Es un imposible regreso a la tierra de la memoria, cuya perdurabilidad se cimienta en la misma imposibilidad de recuperarla y de regresar a ella, porque hacerlo es perderla nuevamente, esta vez en forma definitiva al quebrarse su representación afectiva en los recuerdos y en las idealizaciones. La herencia del hijo que regresa, cargando con los huesos del padre a través de sus mandatos y consejos, también revela una empresa dolorosa, pero necesaria para definir, no tanto esa identidad ambivalente que desplaza el “aquí” en las dos orillas y culturas, sino para permitir la elección y la aceptación conciente de una herencia y de un lugar que no es físico ni geográfico, sino moral e interior, concentrado en el deseo de libertad. Paradoja última ésta también, porque la herencia de odio se opone al despojo de la ignominia del cuerpo y del espíritu que parece recibir como legado y marca. No obstante el desgarramiento de la imposibilidad del regreso y de la pérdida definitiva, en ambas novelas siempre hay lugar para alguna esperanza, para un nuevo inicio. Tal vez esa esperanza se encuentre en esa voluntad de estudiar la tradición y de inventarla en el recuerdo, como una forma de defensa contra el olvido y las pérdidas, con la certeza (o la incertidumbre) de la superación de todo dolor.

Bibliografía

- BRAVO HERRERA, F.E. “Viajes y fronteras en torno a la e(in)migración”. *Cuadernos de Humanidades* 12. Tucumán: Magna Publicaciones (2002): 233–244.
- DAL MASETTO, A. (1990) *Oscuramente fuerte es la vida*. Buenos Aires: Debolsillo, 2006.
- (1994) *La tierra incomparable*. Buenos Aires: Planeta.
- RASCHELLA, R. (1994) *Diálogos en los patios rojos*. Buenos Aires: Paradiso.
- (1998) *Si hubiéramos vivido aquí*. Buenos Aires: Losada.

Bravo Herrera, Fernanda Elisa

“Los (im)posibles regresos a la tierra (perdida): *Si hubiéramos vivido aquí* de Roberto Raschella y *La tierra incomparable* de Antonio Dal Masetto”, en: *El hilo de la fábula*, Revista anual del Centro de Estudios Comparados, N° Once. Santa Fe, Argentina, ediciones UNL, 2011, pp. 83-95.